

y en la coronacion de los nuevos sultanes, el pueblo, entre los votos que dirige en voz alta al cielo en favor de sus soberanos, pide para ellos que además de las virtudes necesarias al trono, les dé principalmente la dulzura de Othman.

LIBRO CUARTO

I

Othman dejaba dos hijos que compartian al parecer entre sí el carácter de su padre; el mayor Orkhan poseia su valor: el segundo, Alaeddin la piedad. Los dos eran hijos de la hermosa Malkatun, y ambos habian sido instruidos en la ciencia y la religion por su abuelo materno, el sabio Edeballi, padre venerado de Malkatun.

Miéntras que Orkhan, principal teniente de Othman, peleaba á la cabeza de los guerreros turcos para

conquistar nuevos valles y nuevas capitales para su padre, Edeballi formaba á Alaeddin en Ienischyr para la virtud y le enseñaba la ciencia de la legislacion. Este jóven adquirió muy pronto la madurez de un político y de un sabio. Los dos hermanos, á quien su madre habia recomendado que se amaran mutuamente, no sentian el uno contra el otro el aguijon venenoso de la envidia. Orkhan respetaba la sabiduría de Alaeddin. Alaeddin gozaba con los triunfos de Orkhan.

Antes de aceptar la autoridad suprema que Othman habia legado á su hijo primogénito, Orkhan suplicó á Alaeddin que compartiera con él el imperio: pero Alaeddin, reconociendo el derecho de primogenitura de su hermano y el que le daba la designacion hecha por su padre, se negó á esta coparticipacion del gobierno, que rompiendo la unidad de la soberanía hubiera dado á los otomanos, que obedecian á Othman, el peligroso ejemplo de la anarquía del poder. No quiso pues aceptar siquiera la mitad de los rebaños de carneros que como herencia privada de su padre, le pertenecian por la costumbre. Solo consintió en recibir el pueblecillo de Tatur, situado en el solitario valle de Kete, al pié del Olimpo, país arbolado que los turcos llaman hoy mismo el *Mar de hojas*, y que se ve negrear en el horizonte, desde

el puente de los buques que surcan el estrecho de los Dardanelos. « ¡ Puesto que no quieres de ningún modo aceptar los carneros, los toros y los caballos que son tuyos, dijo Orkhan á su hermano, sé pastor de mis pueblos, es decir *visir!* » Esta palabra significa en turco portador de peso, ó *el que soporta el imperio*.

Alaeddin se dejó vencer por tanta ternura y se honró con ser el primer esclavo de su hermano en la organizacion y los cuidados interiores del gobierno. Pronto se verá con qué discrecion y sencillez organizó el imperio. Apenas depositó Orkhan el cuerpo de su padre en la *sala de plata*, se dedicó á extender su dominacion.

Saliendo sus capitanes á su voz de Ienischyr, de Brussa y de los sombríos desfiladeros del mar de hojas, dieron vuelta al golfo de Nicomedia, y penetraron en la península, poblada de ciudades, de pueblos y palacios griegos, que se extiende desde el mar de Marmara hasta el mar Negro, detrás de la montaña de los Gigantes, horizonte de Constantinopla.

Uno de sus tenientes era Konur, el valeroso; el otro, Aghdji el anciano, los dos formados para la guerra en los campos de Othman. Juntos sorprendieron la fortaleza de Semendria, á dos horas de distancia de Scutari, arrabal asiático de Constan-

tinopla, aprovechándose del momento en que el gobernador de Semendria mandaba abrir las puertas para que sacaran el cadáver de su hijo, que acababa de morir. Los turcos se lanzaron al asalto de la fortaleza, impidieron que se volvieran á cerrar las puertas y ocuparon la ciudad. El territorio conquistado recibió y conservó el nombre de Aghdji-Kodja, *Kodja Ily*, ó tierra del anciano.

Aidos, fortaleza vecina, fué entregada por amor á Abderraman, camarada de Orkhan. La hija del gobernador griego de Aidos, enamorada del jóven Abderraman, á quien habia visto combatir á caballo bajo los muros de la ciudad, lo volvía á ver todas las noches en sus sueños. La pasión sofocó en su alma la voz de todos sus deberes. Echó al jóven otomano un billete rodeado á una piedra, que cayó á sus piés. Instruido Abderraman por este billete del amor y de la traición de la griega, que le indicaba un camino oculto que conducía á la plaza, aguardó á que llegara la noche, penetró por la poterna con un puñado de bravos, subió á la muralla, hizo una señal á su ejército y se apoderó de la guarnición, que se hallaba sumergida en profundo sueño. Llevó á la griega á la presencia de Orkhan, quien se la concedió para esposa suya. De sus amores nació un hijo, célebre por su belleza. Llamóse Kara-Abderraman,

y su nombre, ilustrado por mil proezas, aterró á las madres y á los hijos de los griegos.

II

Los turcos de Orkhan se apoderaron muy pronto de todas las ciudades de ménos importancia y de todos los castillos que formaban la cintura de Constantinopla desde el golfo de Nicomedia hasta el ponto Euxino. Construyeron en el campo de batalla pirámides de cráneos, tales como las que se ven ahora mismo en Nissa y Sofia, monumentos sacrílegos que prolongan la venganza mas allá de la muerte, y que se parecen mas bien á restos de canibales que á trofeos de combates. Nosotros mismos hemos pasado bajo semejantes arcos de triunfo, soportados con horror por la tierra, y hemos oído resonar al viento del desierto en las cavidades de aquellos cráneos y silbar en los cabellos de aquellos muertos.

Nicomedia, sede del imperio en el momento en que Diocleciano lo abandonó disgustado de la omnipotencia, cayó muy pronto en poder de Othman, que ganaba con aquella capital marítima

un golfo y buques que lo trasportaran á la márgen opuesta.

III

El modesto Alaeddin constituia el imperio naciente en Bithinia durante las conquistas de su hermano. Sus leyes relativas á la soberanía organizaban el ejército, arreglaban la moneda y determinaban el traje del soberano. Este no llevaba mas título que el árabe de emir; el de sultan parecia demasiado augusto todavía á príncipes pastores, vasallos poco hacia. La moneda se acuñó con el busto de Orkhan. Su nombre era pronunciado en la oracion; su vestido continuó siendo el de los pastores y ginetes tártaros; solo cambió el adorno de la cabeza, poniéndose corona ó tiara, signo de soberanía entre los persas. Los turcos llevaban entónces gorras de fieltro encarnado que cubrian la coronilla de la cabeza, como las ha restablecido Mahamud en nuestros tiempos para sus soldados. Los guerreros añadian schales de muselina blanca y ligera, fabricados en la India, rodeados al rededor de la frente. Estas gorras

así dispuestas fueron necesarias á los combatientes para embotar los golpes de sable descargados sobre la cabeza y preservarla de los ardientes rayos del sol de Anatolia. El emir y mas tarde el sultan llevaron el turbante bordado de oro, y le dieron segun su capricho pliegues mas ó ménos parecidos á la mitra de los magos ó á la cuerda de pelo de camello, que ciñe la frente del árabe pastor.

Hasta entónces todo otomano era soldado: el ejército era simplemente la tribu en campaña. Un ejército permanente de soldados fué el nervio del imperio. La caballería se compuso siempre de los turcos mas ricos en armas y caballos; la infantería de los hombres escogidos entre las familias ménos opulentas. Señalósele á cada infante un cuarto de dirhem de plata al dia. Formóse un grupo de diez, de ciento y de mil combatientes, mandados por oficiales agueridos, cuyo título correspondia al número de los soldados puestos bajo sus órdenes. Estos cuerpos, que se acordaban de su reciente independencian, y que se sentian rebajados por la disciplina, perdieron con esta organizacion algo del fuego y del heroismo individual que les inspiraba el entusiasmo. Alaeddin y Orkhan temieron al principio haber debilitado el espíritu militar de su raza, queriendo regularizarlo. Un cuñado del sabio Edebali, llamado Tschendereli,

llamado al consejo y consultado acerca de los medios de reanimar y perpetuar el heroísmo de los otomanos, se acordó de sus instituciones de la Persia y del Egipto, en donde clases exclusivamente militares, compuestas de extranjeros, ejercian el monopolio de las armas é imponian á la vez al enemigo fuera, y á los sediciosos dentro. Propuso que se creara entre los otomanos una casta semejante. Los elementos de esta casta estaban en manos de los conquistadores. En las frecuentes excursiones que hacian al continente europeo y á las islas, multitud de niños y mozos, arrancados del seno de las familias griegas, eran llevados como despojos al campamento de los turcos. Las jóvenes se convertian en esclavas ó esposas; los varones en pastores ó pajes de los vencedores. La predicacion, el favor ó la violencia los hacian abjurar el cristianismo en edad tan tierna con mucha facilidad para profesar la religion de los otomanos. Una vez convertida al islamismo, aquella juventud, á quien los cristianos echaban en cara su apostasia, adoptaba con un fanatismo irremediable al Dios de sus nuevos señores. Los adoradores de Cristo no tenian enemigos mas implacables. Sin patria, sin familia, sin altares en las ciudades, de donde liabian sido extirpados, no tenian mas patria, mas familia, ni mas religion que la de Mahoma. Al restituirles la

libertad en pago del servicio militar, se podia contar con un reclutamiento de fanáticos, adictos al emir, en quienes el espíritu de familia y de independencia no pugnaria nunca con la servil obediencia al soberano.

Esta idea trasportada por el viejo Tschendereli de la corte de los kalifas de Bagdad, que habian formado así al rededor suyo una guardia de esclavos turcos educados en el islamismo, sedujo á Alaeddin y á Orkhan. « El Coran lo ha dicho, exclamaron : « todos los niños al nacer traen del cielo una secreta « disposicion para el dogma puro del islamismo. No « solo estos extranjeros, adoptados por la nacion « para que la defiendan, le darán su sangre por su li- « bertad : sino que el ejemplo de esta libertad, de « estas armas, de estos grados, de estos honores dis- « tribuidos por el soberano entre los hijos adoptivos « del profeta, arrastrarán á millares de otros jóvenes « cristianos, que abjurarán una religion que deja de « protegerlos, para abrazar una fé que los emancipa, « los recompensa y los honra. »

La institucion inmediata de este cuerpo fué proclamada bajo el nombre de ieni-tscheri ó de genizaros, es decir soldados nuevos.

IV

Apénas reunió Orkhan un puñado de estos jóvenes soldados, quiso que se consagrara esta institucion militar por la religion, alma de la guerra entre los otomanos. Un santo dervis, llamado Hadji-Begtasch, vivia con mucha fama de piadoso en el pueblo turco de Sulidjé, no léjos de Amasia. El mismo Orkhan condujo á sus neófitos guerreros á casa del ermitaño para rogarle que invocara la bendicion divina sobre su creacion y para que diera un nombre y un estandarte á aquellos jóvenes. Aprobando con entusiasmo una institucion que debia sacar á los infieles de las tinieblas del error, y ganar para la causa del Dios de Mahoma á un millon mas, el dervis se levantó, mandó que se le acercara uno de los nuevos soldados, y para bendecirlos en él á todos, extendió el brazo sobre su cabeza. En esta actitud, la manga del caftan del dervis se separaba de su hombro y caia encima de la nuca del soldado.

« La faz de la milicia que creas hoy, dijo el ermitaño á Orkhan, será blanca y resplandeciente como la luz, su brazo será pesado, su sable cortante, su

« flecha aguda. Encontrará la victoria al partir y el triunfo al volver.

Orkhan y sus soldados aceptaron el augurio como una supersticion natural á los pueblos primitivos. Los genizaros vieron en la extraña configuracion de la manga del dervis, que caia sobre los hombros de su camarada, una indicacion sobrenatural de lo que debian ponerse en la cabeza para guerrear. Por consiguiente, añadieron á su gorra de fieltro blanco un pedazo de tela cortado en forma de manga perdida, flotando sobre la espalda, y plantaron entre la gorra y el turbante una cuchara de madera en lugar de penacho, haciendo alarde, á la vista de las demás tropas voluntarias y sin sueldo, de ser pagados y mantenidos por el *emir*. A todos los grados de su cuerpo privilegiado les pusieron nombres que recordaban la subsistencia de las tropas en campaña. El coronel recibió el nombre de gran repartidor de sopa; los oficiales superiores ó subalternos se llamaron, el uno jefe de cocina, el otro primer aguador. Despues del estandarte de esta milicia, que llevaba bordada en lana la media luna y el sable de dos puntas, la marmita fué el símbolo sagrado del espíritu de cuerpo para los genizaros, el signo de reunion, del consejo, mas frecuentemente de las sediciones. La nacion otomana reaparecia cinco siglos despues en los

utensilios de la tienda que habian servido á las primeras emigraciones de estos pastores tártaros. Los genízaros que siguieron la bandera de Orkhan eran mil al principio. Luego crecerá su número y su heroísmo, para convertirse en faccion bajo los sucesores del emir.

V

Alaeddin dió á las otras tropas tierras conquistadas. Estos feudos distribuidos á los jefes impusieron deberes respecto del país. El principal era hacer caminos y componerlos. Este fué el origen de los peones, que llegaron á ser veinte mil. Despues de esta infantería, Alaeddin creó los *azabs*, infantería irregular, ligeramente armada. La caballería regular tuvo el honroso cargo de circundar el estandarte sagrado y de dar la guardia al emir. Cada feudo de la corona debia suministrar en caso de guerra cierto número de hombres montados, armados y equipados, llamados los *mosseliman*, es decir los exentos de la contribucion. En fin, el ejército tuvo por complemento innumerable á los *akindji*, ó ginetes voluntarios, que salian de sus tiendas á la voz del soberano,

y que acudian sin mas organizacion que su fanatismo, ni otro sueldo que el botin de campaña, á engrosar las filas del ejército. El mando de estos escuadrones indisciplinados, pero terribles, fué mucho tiempo hereditario, poseyéndolo la familia de Mikal-Oghli, amigo y camarada de Orkhan. Alaeddin añadió á todos estos cuerpos uno de guias del ejército, llamados *tschauschs*, encargados al mismo tiempo de los mensajes del emir.

Tales fueron las instituciones militares con que Alaeddin y Orkhan dotaron á un pueblo que se atribuía la mision de conquistar el espacio que tenia delante, y que no queria dar tregua ni descanso á los pueblos limítrofes hasta que el islamismo no tuviera enemigos en la tierra.

VI

Apénas recibió el ejército su organizacion y sus estandartes, Orkhan, impaciente por bajar del monte Olimpo á la llanura, lo condujo al pié de los muros de Nicea. Indignado con tanta audacia el jóven Andrónico, trató de reanimar el valor de los griegos. Reunió los destacamentos y las guarniciones disemi-

nadas por el llano de Tracia, entre Andrinópolis y Constantinopla, y atravesando á su cabeza el Bósforo que bañaba las paredes de su palacio, pasó á Scutari, arrabal asiático de su capital. Desde allí avanzó en orden de batalla hácia Nicea para atacar á los otomanos, que tenian ménos fuerzas que las que él llevaba. Pero Orkhan, mas hábil y mas ejercitado en las maniobras de la guerra, replegó á tiempo los diez mil hombres que mandaba y los colocó al abrigo de las montañas y de los desfiladeros que limitan el llano de Nicea. Estas ventajosas posiciones ocupadas por el reducido ejército turco, permitian á este aceptar ó rehusar el combate que le ofrecieran las numerosas pero muelles cohortes de Andrónico. El emperador envió en vano por tres veces á sus columnas contra los atrincheramientos de los otomanos. La situacion y su valor imposibilitaban todo ataque. Pero los turcos salieron de sus desfiladeros y bajando con ímpetu de las colinas que ocupaban, se lanzaron contra los escuadrones griegos que se habian acercado mas, dispersaron con sus flechas las alas del ejército de Andrónico, y replegándose con la rapidez de sus indómitos caballos, envolvieron el centro. El mismo emperador peleó con un valor digno de otro pueblo y de otro tiempo; su general y su historiador Cantacuzeno, cubriéndolo con su cuerpo, perdió el caballo que montaba,

Andrónico, herido de un flechazo en el muslo, iba á caer con el débil grupo de sus defensores en manos de Orkhan. Sebastopolos de Mysia, uno de los soldados extranjeros de su guardia trajo al golpe á trescientos ginetes, y con ellos logró salvar al emperador. Rechazados al pronto los turcos por la caballería de Sebastopolos, dejaron escapar á Andrónico.

Creviendo el ejército que habia perecido, se dispersó y huía hácia el mar sin ser perseguido. El emperador herido y llevado en una litera, iba detrás de él, enviando mensajes á Constantinopla para que hubiera barcos en Scutari que pusieran en salvo sus restos. Escasamente hubo tiempo para embarcarlo, envuelto en una alfombra y bañado en su sangre. Los turcos de Orkhan llegaron casi al mismo tiempo que él á la playa. Esta derrota avergonzó á los griegos. Volvieron á pasar el Bósforo en pos del emperador y dieron en la llanura otra batalla á Orkhan.

Esta jornada al borde del mar de Mármara, bajo los muros de Filócrenes, confirmó la cobardía de las cohortes bizantinas, que no tenian de militares mas que las armas.

Una carga de trescientos caballos turcos mandados por Ali el Anciano, deshizo á los griegos, los dispersó como á ovejas, y penetrando hasta las tiendas del emperador, se apoderaron de sus caballos de batalla

adornados con bridas de oro y caparazones de escarlata. El ejército fugitivo, que se apresuró á refugiarse dentro de los muros de Filocrene, cuyas puertas no se abrían tan pronto como quería, porque sus llaves se habían extraviado, dejó perecer, acuchillados por los turcos en medio de su terror, á multitud de cortesanos y principales oficiales del emperador. El resto se rindió á los tenientes de Orkhan, ó se lanzó como pudo en barcas, que les prestaron el asilo de las olas. El emperador volvió á su palacio, lleno de humillación y desaliento.

VII

Pronto vió desde lo alto de sus torres los últimos asaltos de los otomanos contra las murallas de Nicea. La infantería de Alaeddin abrió un foso de circunvalación al rededor de aquella capital que abandonaban sus defensores. Tres años de sitio habían agotado el valor y la esperanza de sus habitantes. Orkhan, inundando la llanura con sus ginetes se presentó con una nación entera á sumergir una sola ciudad. Rodeada de esta suerte Nicea, se rindió sin combate por salvar siquiera á los habitantes de la esclavitud y

de la muerte. Mas confiados en la clemencia del khan vencedor que en el auxilio del emperador vencido, los de Nicea, en traje de suplicantes, se presentaron en tropel á Orkhan, que entró triunfante en la ciudad por el camino de Ienischyr en memoria de su padre. Las tropas del emperador, que componían la guarnición de la ciudad, fueron autorizadas para retirarse con sus armas á Constantinopla. El mayor número prefirió quedarse en Nicea y sufrir el yugo de los vencedores, mas bien que servir á un imperio que no sabía defenderse ni morir.

VIII

Así Orkhan, jefe de una pequeña tribu de pastores turcos, conquistó sin artillería á Nicea, ciudad que quinientos mil cruzados latinos, mandados por los primeros príncipes y los primeros capitanes de la cristiandad, no había podido tomar despues de siete semanas de asaltos con todas las armas de Europa. Porque Nicea en este tiempo era defendida contra los cruzados mas que por los griegos por turcos mercenarios. Uno de estos, de estatura y de fuerza atléti-

cas, lanzaba desde encima de las murallas piedras enormes á los soldados de Godofredo de Bouillon. En aquel primer sitio los cruzados no buscaban mas que gloria, los otomanos buscaban el paraíso con su muerte, y una patria con su sangre. El Oriente, que habia resistido á los unos, cedía ante los otros. La fé de los primeros se habia envejecido : la de los segundos acababa de nacer. La victoria prefirió los pueblos jóvenes y las ideas nuevas. Orkhan no abusó de la suya ; recordó las últimas palabras de su padre.

Solo obligó á los cristianos á que reconocieran la soberanía de los soldados de Mahoma y á que pagaran el tributo. Les dejó el libre ejercicio de su religion. Unicamente aplicó al culto de la suya los mejores edificios. Levantó una mezquita en el sitio en que trescientos diez y ocho obispos de Oriente y de Occidente, reunidos bajo el cetro de Constantino, habian definido los dogmas del cristianismo, en donde el filósofo Arrio, cuya doctrina se aproximaba á la de Mahoma, habia sido condenado, en donde el culto de las imágenes habia sido declarado complemento sagrado del culto del espíritu. Él fué el primero que agregó á las mezquitas los medresses ó seminarios teológicos y científicos. Un kurdo, Tadjeddin, y un turco, Daoud, fueron allí los primeros profesores del derecho otomano. Además de esto fundó los

primeros hospicios que mantuvieron á los pobres con los socorros que se obligaba á dar á los creyentes. Estos hospicios, producto del precepto de Mahoma, que reivindicó una parte de la renta de los ricos para el indigente, se llamaron imarets. El mismo Orkhan distribuía en ellos el alimento á los pobres de Nicea, á ejemplo del profeta y de los khalifas.

IX

Pero pronto el fanatismo de sus imanes y las exigencias de sus compañeros de guerra pervirtieron sus primeros designios y lo impelieron á la persecucion y las depredaciones de los cristianos que resistían su propaganda. Alistó por fuerza á los mozos de Nicea convertidos al islamismo para formar con ellos sus genizaros. Hizo quemar las imágenes como símbolos de idolatría que escandalizaban á los que creían en la inmaterialidad de la esencia divina. Derribó el altar del sínodo de Nicea, base de tantos dogmas y de tantas heregías entre los griegos. Borró con la punta de su espada de las paredes de aquel sínodo la profesión de fé de Nicea, é hizo grabar con letras de oro

la profesion de fé de los otomanos: « *No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* » En fin distribuyó entre sus guerreros, como un vil rebaño, á las viudas y las jóvenes griegas de la ciudad, que habian perdido á sus esposos ó sus padres por efecto de la peste ó de la guerra. Dió las unas como esclavas, las otras como esposas á los otomanos. Repartió entre sus principales camaradas los magníficos palacios de la ciudad conquistada. Su hijo primogénito Soliman, hijo de la cautiva griega Nilufer, que le habia sido adjudicada por su padre á los doce años de edad, recibió el mando de Nicea. Su segundo hijo Amurat, todavía niño, fué nombrado gobernador de Sultan-Oeni, su primera estacion montañosa, en reemplazo de Konur, que acababa de morir de vejez.

Nicea, llamada Isnik por sus nuevos señores, conservó por algunos años la importancia y el esplendor que esta capital de la teología griega habia debido á sus concilios, á sus símbolos y á sus memorables cismas; despues solo conservó de su antigua fama las fábricas de loza de Persia, adonde el Oriente acudia á proveerse de objetos cerámicos de lujo. « Hoy, dice M. de Hammer, el viajero que recorre el recinto de sus fortificaciones, altas y espesas murallas que han respetado el tiempo y la mano del hombre, se

« figura que vaga por una estepa solitaria, sembrada á trechos de algunas cabañas indigentes. Las caravanas de peregrinos solo distinguen las tumbas de Gunduzalp, hermano de Othman, y del poeta turco Khiali. El anticuario lee todavía allí, separando el follaje de las plantas que tapizan las torres y las paredes, las fastuosas inscripciones de los emperadores griegos que la abandonaron á los otomanos. »

Alaeddin, el visir de Orkhan y el legislador de su raza, murió en la villa del Olimpo, adonde se habia retirado para meditar sus leyes en la soledad, poco tiempo despues de la conquista de Nicea. Orkhan lloró la pérdida de este hermano querido que soportaba con abnegacion la mitad del peso del imperio. Su hijo Soliman fué nombrado visir en reemplazo de su tio Alaeddin. Mas guerrero que legislador, Soliman se ocupó en extender el imperio mas que en organizarlo.

Orkhan deseaba poseer un puerto en el mar de Marmara, sobre la costa asiática, para que rivalizara con Galipoli, situada en la costa de Europa. Los griegos habian construido en lo antiguo, no léjos del monte Olimpo, en el fondo del golfo de Mudania, una ciudad marítima llamada *Brusa del mar* primero, y mas tarde *Kibotos*.

Desde esta ciudad fortificada marchó el ejército de los cruzados latinos á sitiar á Nicea, desmantelando así ellos mismos en Oriente los baluartes del imperio cristiano. Soliman vió, al acercarse su ejército, que todos los habitantes de Brussa del mar arrojaban las armas y se embarcaban con sus mujeres, sus hijos y sus riquezas para pasar á la orilla opuesta. La caída de Nicea habia conmovido á toda la costa de Asia. Las ciudades y los castillos se rendian á discrecion. Miétras se hacian estas conquistas sobre los griegos, Orkhan, con su hijo y su visir, á la cabeza de todos los guerreros de su raza, saliendo de Brussa y bajando por las pendientes opuestas á los valles de la Anatolia, sometia á su dominacion á todos los caudillos y todas las tribus turcas, independientes todavía, que desolaban las provincias del imperio desde el monte Taurus hasta el pié del Olimpo.

Este reflujo de los turcos, nacionalizados bajo Othman y disciplinados por Orkhan, reunió bajo un mismo nombre y un mismo jefe á los nueve emires y las nueve poblaciones que habian vivido hasta entónces separadas del trono de los sultanes seldjukidas. Venciéndolos é incorporándolos en la unidad otomana, imponiéndoles sus leyes, agregó Orkhan al imperio á Nicomedia, la Misia, ese reino legado á los romanos por Attale, y su capital, la antigua Pérgamo, célebre

en las artes por la invencion del pergamino, á que debe el mundo sus anales.

La biblioteca de Pérgamo, que poseia doscientos mil manuscritos, pereció en aquella guerra civil de los turcos; sus templos y sus edificios cubren con sus ruinas el suelo que los cristianos habian removido ya para sepultar en él á los dioses de otro cielo, y que á su vez cavaron los turcos para enterrar las estatuas y las imágenes de los cristianos. Ahora es un lugarcillo, que ha perdido hasta su nombre, donde algunos griegos y turcos apacientan sus rebaños sobre los cimientos del templo de Esculapio.

X

Despues de esta campaña contra su propia raza, y de haber nombrado á parientes suyos gobernadores de todas aquellas provincias situadas entre los dos mares, Orkhan sintió la necesidad de la paz para dejar que se arraigaran las instituciones de Alaeddin. El imperio griego no podia escapársele, pero era preciso disponer á los otomanos de suerte que fueran capaces de trasplantarse á Europa sin perder el ter-

ritorio que acababan de ocupar en Asia. Los dos cuernos de la media luna que llevaban en su bandera, y la espada de dos puntas significaban este doble imperio prometido á sus descendientes.

Veinte años de paz fueron consagrados por él á poblar, cultivar, civilizar y fortificar el imperio. Brussa, su capital temporal, enriquecida con los despojos de los reinos que habian caido á sus piés; y cuajada de esclavos y de artistas griegos empleados en ilustrar la ciudad de los vencedores, levantó sus baluartes, sus mezquitas, sus alminares, sus sepulcros, sus edificios al nivel de los de Constantinopla, que se entreveía á lo léjos. Parecía que las dos capitales se desafiaban aguardando el momento en que la una destruyese á la otra.

Hospederías inmensas elevaron sus cúpulas, profundizaron sus bóvedas, hicieron manar sus surtidores de agua para las caravanas que de todas las partes de Asia acudian á comerciar en Brussa. Conventos de derviches, de frailes mahometanos, llenaron las faldas del olimpo de piadosos solitarios, entre los cuales citan los otomanos á Geiklibaba ó el *padre de los ciervos*; aludiendo á la afición que tenia á la sombra de los bosques, dotados por Orkhan de ermitas que han conservado hasta nuestros dias la celebridad de que gozaron en aquellos tiempos. La munificencia

de Alaeddin y de Orkhan estimuló las mas humildes industrias pastoriles ó agrícolas, honrando con un sepulcro monumental, que aun subsiste, la memoria de un anciano pastor que habia inventado el modo de hacer cuajadas en vasos de arcilla. Este sepulcro fué llamado el sepulcro de Doghlibaba, ó del *padre de los alfareros*. Una fuente, llamada la fuente del cielo murmuró al pié del monumento, bajo los plátanos. El pueblo, siempre crédulo, atribuyó tradiciones maravillosas á aquellos sábios, á aquellos ermitaños, á aquellos artesanos de los primeros tiempos de la conquista. Segun los cronistas populares de los turcos, el anciano dervis *padre de los ciervos* vivia en las cimas del Olimpo, de las que solo bajaba para dictar á Orkhan los oráculos del cielo.

Un dia que habia bajado á Brussa, montado en un gamo domesticado, y llevando en la mano un ramo de plátano, el árbol favorito del Olimpo, el anciano lo plantó en el patio del palacio de Orkhan, anunciando que el imperio se arraigaria y extenderia sus ramas como el árbol secular. El árbol y el palacio han perecido, consumidos en uno de los incendios de Brussa.

Abd-el-Murad, dervis tambien, y guerrero estimado de Orkhan, habia hecho voto de no servirse jamás en los combates mas que de un sable de ma-

dera de plátano. El vigor de su brazo daba, según se cuenta, á aquella arma el peso y el corte de una espada de acero. Cuando murió Abd-el-Murad, Orkhan hizo depositar el arma en el tesoro de las reliquias del imperio.

XI

Los parientes, los ministros, los compañeros de Orkhan, enriquecidos con gobiernos, y los despojos, edificaron á ejemplo suyo palacios, mezquitas, monasterios, y hospederías en la capital. Los alrededores se llenaron de fuentes, de acueductos, de jardines deliciosos. Los monjes de Bizancio, que habian buscado desde los tiempos mas remotos los silvestres y sombríos valles del Olimpo, Arcadias del Asia, cedieron estos retiros á los solitarios musulmanes. Los poetas y los sabios fijaron allí su residencia, prefiriéndolos á las demás comarcas de la Arabia, de la Siria y del Taurus.

Scheiki, el primero de los poetas turcos, escribió en aquellos sitios el poema amoroso de las aventuras de *Kosrew* y de *Schirin*, el cántico de los cánticos en

prosa de los orientales. Otros poetas se ilustraron allí con odas religiosas como salmos, voluptuosas como suspiros. Los teólogos, los jurisconsultos, redactaron en el mismo lugar sus comentarios y sus códigos.

Colonias de Bagdad y de Damasco parecia que poblaban de piedad, de ciencia y literatura á la nueva Bagdad del islamismo. Quinientas tumbas erigidas en memoria de estos teólogos, poetas, héroes, legisladores, visires, atestiguan la magnificencia de los sultanes, y révelan el carácter de aquellos pastores guerreros, inclinados á la meditacion de su piedad y á la embriaguez intelectual de la poesía. Hijo del desierto, movido por la fé, ilustrado por las armas, se descubria en aquel pueblo, mas todavía que hoy, el triple genio de la contemplacion, de la adoracion y del heroismo.

Solo los otomanos se aprovecharon de la paz ó de la tregua de veinte años concluida entre Orkhan y el imperio de Constantinopla. Este imperio abrigaba en su seno la guerra intestina, y las facciones que descomponen á los estados envejecidos habian reemplazado en Bizancio al patriotismo. Remontemos el curso de aquellos años de paz para contemplar el deplorable imperio, cuya última hora aguardaba Orkhan con confianza.